

EL DELANTAL BLANCO

de: Sergio Vodanovic

PERSONAJES

LA SEÑORA
LA EMPLEADA
EL CABALLERO DISTINGUIDO
DOS JOVENES
LA JOVENCITA

La playa.
Al fondo, una carpa.
Frente a ella, sentadas a su sombra, la SEÑORA y la EMPLEADA.

La SEÑORA está en traje de baño y, sobre él, usa un blusón de toalla blanca que le cubre hasta las caderas. Su tez está tostada por un largo veraneo. La EMPLEADA viste su uniforme blanco. La SEÑORA es una mujer de treinta años, pelo claro, rostro atrayente aunque algo duro. La EMPLEADA tiene veinte años, tez blanca, pelo negro, rostro plácido y agradable.

LA SEÑORA: (Gritando hacia su pequeño hijo, a quien no ve y que se supone está a la orilla del mar, justamente, al borde del escenario) ¡Alvarito! ¡Alvarito! ¡No le tire arena a la niñita! ¡Métase al agua! ¡Está rica... ¡Alvarito, no! ¡No le deshaga el castillo a la niñita! Juegue con ella... Sí, mi hijito... juegue...

LA EMPLEADA: Es tan peleador...

LA SEÑORA: Salió al padre... Es inútil corregirlo. Tiene una personalidad dominante que le viene de su padre, de su abuelo, de su abuela... ¡sobresale todo de su abuela!

LA EMPLEADA: ¿Vendrá el caballero mañana?

LA SEÑORA: (Se encoge de hombros con desgano) ¡No sé! Ya estamos en marzo, todas mis amigas han regresado y Alvaro me tiene todavía aburriéndome en la playa. El dice que quiere que el niño aproveche las vacaciones, pero para mí que es él quien está aprovechando. (Se saca el blusón y se tiende a tomar sol;) ¡Sol! ¡Sol! Tres meses tomando sol. Estoy intoxicada de sol. (Mirando inspektivamente a la EMPLEADA.) ¿Qué haces tú para no quemarte?

LA EMPLEADA: He salido tan poco de la casa...

LA SEÑORA: ¿Y qué querías? Viniste a trabajar, no a veranear. Está recibiendo sueldo, ¿no?

LA EMPLEADA: Sí, señora. Yo sólo contestaba su pregunta...

LA SEÑORA permanece tándida recibiendo el sol. La EMPLEADA SACA DE UNA BOLSA DE GENERO UNA REVISTA DE HISTORIETAS FOTOGRAFIADAS Y PRINCIPIA A LLER.

LA SEÑORA: ¿Qué haces?

LA EMPLEADA: Leo esta revista.

LA SEÑORA: ¿La compraste tú?

LA EMPLEADA: Sí, señora.

LA SEÑORA: No se te paga tan mal, entonces, si puedes comprarte tus revistas ¿eh?

La EMPLEADA no contesta y vuelve a mirar la revista.

LA SEÑORA: ¡Claro! Tú leyendo y que Alvarito reviente, que se ahogue...

LA EMPLEADA: Pero si está jugando con la niñita...

LA SEÑORA: Si te traje a la playa es para que vigilaras a Alvarito y no para que te pusieras a leer.

La EMPLEADA DEJA LA REVISTA Y SE INCORPORA PARA IR DONDE ESTA ALVARITO.

LA SEÑORA: ¡No! Lo puedes vigilar desde aquí. Quédate a mi lado, pero observa al niño. ¿Sabes? Me gusta venir contigo a la playa.

LA EMPLEADA: ¿Por qué?

- LA SEÑORA: Bueno... no sé... Será por lo mismo que me gusta venir en el auto. Todos los días, hay alguien que se para al lado de él y lo mira y comenta. No cualquiera tiene un auto como el de nosotros... Claro tú no te das cuenta de la diferencia. Estás demasiado acostumbrada a lo bueno... Dime... ¿Cómo es tu casa?
- LA EMPLEADA: Yo no tengo casa.
- LA SEÑORA: No habrás- nacido empleada, supongo. Tienes que haberte criado en alguna parte, debes haber tenido padres... ¿Eres del campo?
- LA EMPLEADA: Sí.
- LA SEÑORA: Y tuviste ganas de conocer la ciudad, ¿eh?
- LA EMPLEADA: No. Me gustaba allá.
- LA SEÑORA: ¿Por qué te viniste, entonces?
- LA EMPLEADA: Tenía que trabajar.
- LA SEÑORA: No me vengas con ese cuento. Conozco la vida de los inquilinos en el campo. Lo pasan bien. Les regalan una cuadra para que cultiven. Tienen alimentos gratis y hasta les sobra para vender. Algunos tienen hasta sus vaquitas... ¿Tus padres tenían vacas?
- LA EMPLEADA: Sí, señora. Una.
- LA SEÑORA: ¿Ves? ¿Qué más quieren? ¡Alvarito! ¡No se meta tan allá que puede venir una ola! ¿Qué edad tienes?
- LA EMPLEADA: ¿Yo?
- LA SEÑORA: A ti te estoy hablando. No estoy loca para hablar sola.
- LA EMPLEADA: Ando en los veintiuno...
- LA SEÑORA: ¡Veintiuno! A los veintiuno yo me casé. ¿No has pensado en casarte?
- LA EMPLEADA baja la vista y no contesta.
- LA SEÑORA: ¡Las cosas que se me ocurre preguntar! ¿Para qué querrías casarte? En la casa tienes de todo: comida, una buena pieza, delantales limpios... Y si te casaras... ¿Qué es lo que tendrías? Te llenarías de chiquillos, no más.
- LA EMPLEADA: (Como para sí.) Me gustaría casarme...
- LA SEÑORA: ¡Tonterías! Cosas que se te ocurren por leer historias de amor en las revistas baratas... Cuérdate de esto: Los príncipes azules ya no existen. No es el color lo que importa, sino el bolsillo. Cuando mis padres no me aceptaban un pololo porque no tenía plata, yo me indignaba, pero llegó Alvaro con sus industrias y sus fondos y no quedaron contentos hasta que lo casaron conmigo. A mí no me gustaba porque era gordo y tenía la costumbre de sorberse los mocos, pero después en el matrimonio, uno se acostumbra a todo. Y llega a la conclusión que todo da lo mismo, salvo la plata. Sin la plata no somos nada. Yo tengo plata, tú no tienes. Esa es toda la diferencia entre nosotras. ¿No te parece?
- LA EMPLEADA: Sí, pero...
- LA SEÑORA: ¡Ah! Lo crees ¿eh? Pero es mentira. Hay algo que es más importante que la plata: la clase. Eso no se compra. Se tiene o no se tiene. Avalo no tiene clase. Yo sí la tengo. Y podría vivir en una pocilga y todos se darían cuenta de que soy alguien. No una cualquiera. Alguien. Te das cuenta ¿verdad?
- LA EMPLEADA: Sí, señora.
- LA SEÑORA: A ver... Pásame esa revista. (LA EMPLEADA lo hace. LA SEÑORA la hojea. Mira algo y lanza una carcajada.) ¿y esto lees tú?
- LA EMPLEADA: Me entretengo, señora.
- LA SEÑORA: ¡Qué ridículo! ¡Qué ridículo! Mira a este roto vestido de smoking. Cualquiera se da cuenta que está tan incómodo en él como un hipopótamo con faja... (Vuelve a mirar en la revista.) ¡Y es el conde de Lamarquina! ¡El conde de Mamarquina! A ver... ¿Qué es lo que dice el conde? (Leyendo.) "Hija mía, no permitiré jamás que te cases con Roberto. El es un plebeyo. Recuerda que por nuestras venas corre sangre azul". ¿Y ésta es la hija del conde?
- LA EMPLEADA: Sí. Se llama María. Es una niña sencilla y buena. Está enamorada de Roberto, que es el jardinero del castillo. El conde no lo permite. Pero... ¿sabe? Yo creo que todo va a terminar bien.

Porque en el número anterior Roberto le dijo a María que no había conocido a sus padres y cuando no se conoce a los padres, es seguro que ellos son gente rica y aristócrata que perdieron al niño de chico o lo secuestraron...

LA SEÑORA: ¿Y tú crees todo eso?

LA EMPLEADA: Es bonito, señora.

LA SEÑORA: ¿Qué es tan bonito?

LA EMPLEADA: Que lleguen a pasar cosas así. Que un día cualquiera, uno sepa que es otra persona, que en vez de ser pobre, se es rica; que en vez de ser nadie se es alguien, así como dice Ud...

LA SEÑORA: Pero no te das cuenta que no puede ser... Mira a la hija... ¿Me has visto a mí alguna vez usando unos aros así? ¿Has visto a alguna de mis amigas con una cosa tan espantosa? ¿Y el peinado? Es detestable. ¿No te das cuenta que una mujer así no puede ser aristócrata?... ¿A ver? Sale fotografiado aquí el jardinero...

LA EMPLEADA: Sí. En los cuadros del final. (Le muestra en la revista. LA SEÑORA ríe encantada).

LA SEÑORA: ¿Y éste crees tú que puede ser un hijo de aristócrata? ¿Con esa nariz? ¿Con ese pelo? Mira... Imagínate que mañana me raptan a Alvarito. ¿Crees tú que va a dejar por eso de tener su aire de distinción?

LA EMPLEADA: ¡Mire, señora! Alvarito le botó el castillo de arena a la niñita de una patada.

LA SEÑORA: ¿Ves? Tiene cuatro años y ya sabe lo que es mandar, lo que es no importarle los demás. Eso no se aprende. Viene en la sangre.

LA EMPLEADA: (Incorporándose). Voy a ir a buscarlo.

LA SEÑORA: Déjelo. Se está divirtiéndose.

LA EMPLEADA se desabrocha el primer botón de su delantal y hace un gesto en el que muestra estar acalorada.

LA SEÑORA: ¿Tienes calor?

LA EMPLEADA: El sol está picando fuerte.

LA SEÑORA: ¿No te has puesto nunca traje de baño?

LA EMPLEADA: ¡Ah, sí!

LA SEÑORA: ¿Cuándo?

LA EMPLEADA: Antes de emplearme. A veces, los domingos, hacíamos excursiones a la playa en el camión del tío de una amiga.

LA SEÑORA: ¿Y se bañaban?

LA EMPLEADA: En la playa grande de Cartagena. Arrendábamos brajes de baño y pasábamos todo el día en la playa. Llevábamos de comer y...

LA SEÑORA: (Divertida) ¿Arrendaban trajes de baño?

LA EMPLEADA: Sí. Hay una señora que arrienda en la misma playa.

LA SEÑORA: Una vez con Alvaro, nos detuvimos en Cartagena a echar bencina al auto y miramos a la playa. ¡Era tan gracioso! ¡Y esos trajes de baño arrendados! Unos eran tan grandes que hacían bolsas por todos los lados y otros quedaban tan chicos que las mujeres andaban con el traste afuera. ¿De cuáles arrendabas tú? ¿De los grandes o de los chicos?

LA EMPLEADA mira al suelo taimada.

LA SEÑORA: Debe ser curioso... Mirar el mundo desde un traje de baño arrendado o envuelta en un vestido barato... o con uniforme de empleada como el que usas tú... Algo parecido le debe suceder a esta gente que se fotografía para estas historietas; se ponen smoking o un traje de baile y debe ser diferente... Cuando yo me puse mi primer par de medias, el mundo entero cambió para mí. Los demás eran diferentes; yo era diferente y el único cambio efectivo era que tenía puesto un par de medias... Dime... ¿Cómo se ve el mundo cuando se está vestida con un delantal blanco?

LA EMPLEADA: (Tímidamente) Igual... La arena tiene el mismo color... las nubes son iguales... Supongo.

LA SEÑORA: Pero no... Es diferente. Mira. Yo con este traje de baño, con este blusón de toalla, tendida sobre la arena, sé que estoy en

"mi lugar", que esto me pertenece... En cambio tú, vestida como empleada sabes que la playa no es tu lugar, que eres diferente... Y eso, eso te debe hacer ver todo distinto.

LA EMPLEADA: No sé.

LA SEÑORA: Mira. Se me ha ocurrido algo. Préstame tu delantal.

LA EMPLEADA: Pero... ¿Para qué?

LA SEÑORA: Quiero ver cómo se ve el mundo, qué apariencia tiene la playa cuando se la ve encerrada en un delantal de empleada.

LA EMPLEADA: ¿Ahora?

LA SEÑORA: Sí, ahora.

LA EMPLEADA: Pero es que... No tengo un vestido debajo.

LA SEÑORA: (Tirándole el bluzón.) Toma... Ponte esto.

LA EMPLEADA: Voy a quedar en calzones...

LA SEÑORA: Es lo suficientemente largo como una cubri. Y en todo caso vas a mostrar menos que lo que mostrabas con los trajes de baño que arrendabas en Cartagena. (Se levanta y obliga a levantarse a la EMPLEADA.) Ya. Métete en la carpa y cámbiate. (Prácticamente obliga a la EMPLEADA a entrar a la carpa y luego lanza al interior de ella el bluzón de toalla. Se dirige al primer plano y le habla a su hijo).

LA SEÑORA: Alvarito, métase un poco al agua. Mójese las patitas siquiera... No sea tan de rulo... ¡Eso es! ¿Ves que es rica el aguita? (Se vuelve hacia la carpa y habla hacia dentro de ella)? ¿Estás lista? (Entra a la carpa.)

Después de un instante, sale la EMPLEADA vestida con el bluzón de toalla. Se ha prendido el pelo hacia atrás y su aspecto ya difiere algo de la tímida muchacha que conocemos. Con delicadeza se tiende de bruces sobre la arena. Sale la SEÑORA abotonándose aún su delantal blanco. Se va a sentar delante de la EMPLEADA, pero vuelve un poco más atrás.

LA SEÑORA: No. Adelante no. Una empleada en la playa se sienta siempre un poco más atrás que su patrona. (Se sienta sobre sus pantorrillas y mira, divertida, en todas direcciones.)

La EMPLEADA cambia de postura con displicencia. La SEÑORA toma la revista de la EMPLEADA y principia a leerla. Al principio, hay una sonrisa irónica en sus labios que desaparece luego al interesarse por la lectura. Al leer mueve los labios. La EMPLEADA, con naturalidad, toma de la bolsa de playa de la SEÑORA un frasco de aceite bronceador y principia a extenderlo con lentitud por sus piernas. La SEÑORA la ve. Intenta una reacción reprobatoria, pero queda desconcertada.

LA SEÑORA: ¿Qué haces?

La EMPLEADA no contesta. La SEÑORA opta por seguir la lectura. Vigilando de vez en vez con la vista lo que hace la EMPLEADA. Esta ahora se ha sentado y se mira detenidamente las uñas.

LA SEÑORA: ¿Por qué te miras las uñas?

LA EMPLEADA: Tengo que arreglármelas.

LA SEÑORA: Nunca te había visto antes mirarte las uñas.

LA EMPLEADA: No se me había ocurrido.

LA SEÑORA: Este delantal acalora.

LA EMPLEADA: Son los mejores y los más durables.

LA SEÑORA: Lo sé. Yo los compré.

LA EMPLEADA: Le queda bien.

LA SEÑORA: (Divertida) Y tú no te ves nada de mal con esa tenida. (Se ríe) Cualquiera se equivocaría. Más de un joveneito te podría hacer la corte... ¡Sería como para contarlo!

LA EMPLEADA: Alvarito se está metiendo muy adentro. Vaya a vigilarlo.

LA SEÑORA: (Se levanta inmediatamente y se adelanta). Alvarito! ¡Alvarito! No se vaya tan adentro... Puede venir una ola. (Recapacita de pronto y se vuelve desconcertada hacia la EMPLEADA.)

- (LA SEÑORA: ¿Por qué no fuiste tú?
- LA EMPLEADA: ¿Adónde?
- LA SEÑORA: ¿Por qué me dijiste que yo fuera a vigilar a Alvarito?
- LA EMPLEADA: (Con naturalidad.) Ud. lleva el delantal blanco.
- LA SEÑORA: Te gusta el juego, ¿ah?
- Una pelota de goma, impulsado por un niño que juega cerca, ha caído a los pies de la EMPLEADA. Ella la mira y no hace ningún movimiento. Luego mira a la SEÑORA. Esta, instintivamente, se dirige a la pelota y la tira en la dirección en que vino. La EMPLEADA busca en la bolsa de playa de la SEÑORA y se pone sus anteojos para el sol.
- LA SEÑORA: (Molesta). ¿Quién te ha autorizado para que uses mis anteojos?
- LA EMPLEADA: ¿Cómo se ve la playa vestida con un delantal blanco?
- LA SEÑORA: Es gracioso. ¿Y tú? ¿cómo ves la playa ahora?
- LA EMPLEADA: Es gracioso.
- LA SEÑORA: (Molesta) ¿Dónde está la gracia?
- LA EMPLEADA: En que no hay diferencia.
- LA SEÑORA: ¿Cómo?
- LA EMPLEADA: Ud con el delantal blanco es la empleada; yo con este blusón y los anteojos oscuros soy la señora.
- LA SEÑORA: ¿Cómo?... ¿Cómo te atreves a decir eso?
- LA EMPLEADA: ¿Se habría molestado en recoger la pelota si no estuviese vestida de empleada?
- LA SEÑORA: Estamos jugando.
- LA EMPLEADA: ¿Cuándo?
- LA SEÑORA: Ahora.
- LA EMPLEADA: ¿Y antes?
- LA SEÑORA: ¿Antes?
- LA EMPLEADA: Sí. Cuando yo estaba vestida de empleada...
- LA SEÑORA: Eso no es juego. Es la realidad.
- LA EMPLEADA: ¿Por qué?
- LA SEÑORA: Porque sí.
- LA EMPLEADA: Un juego... un juego más largo... como el "paco-ladrón". A unos les corresponde ser "pacos", a otros "ladrones".
- LA SEÑORA: (Indignada). ¡Ud. se está insolentando!
- LA EMPLEADA: ¡No me grites! ¡La insolente eres tú!
- LA SEÑORA: ¿Qué significa eso? ¿Ud me está tuteando?
- LA EMPLEADA: ¿Y acaso tú no me tratas de tú?
- LA SEÑORA: ¿Yo?
- LA EMPLEADA: Sí.
- LA SEÑORA: ¡Basta ya! ¡Se acabó este juego!
- LA EMPLEADA: ¡A mí me gusta!
- LA SEÑORA: ¡Se acabó! (Se acerca violentamente a la EMPLEADA.)
- LA EMPLEADA: (Firme.) ¡Retírese!
- LA SEÑORA se detiene sorprendida.
- LA SEÑORA: ¿Te has vuelto loca?
- LA EMPLEADA: Me he vuelto señora.
- LA SEÑORA: Te puedo despedir en cualquier momento.
- LA EMPLEADA: (Explota en grandes carcajadas, como si lo que hubiera oído fuera el chiste más gracioso que jamás ha escuchado.)
- LA SEÑORA: ¿Pero de qué te ríes?
- LA EMPLEADA: (Sin dejar de reír) ¡Es tan ridículo!

LA SEÑORA: ¿Qué? ¿Qué es tan ridículo?

LA EMPLEADA: Qué me despida... ¡vestida así! ¿Dónde se ha visto a una empleada despedir a su patrona?

LA SEÑORA: ¡Sácate esos anteojos! ¡Sácate el blusón! ¡Son míos!

LA EMPLEADA: ¡Vaya a ver al niño!

LA SEÑORA: Se acabó el juego, te he dicho. O me devuelves mis cosas o te las saco.

LA EMPLEADA: ¡Cuidado! No estamos solas en la playa.

LA SEÑORA: ¿Y qué hay con eso? ¿Crees que por estar vestida con un uniforme blanco no van a reconocer quién es la empleada y quién la señora?

LA EMPLEADA: (Serena) No me levante la voz.

La SEÑORA exasperada se lanza sobre la EMPLEADA y trata de sacarle el blusón a viva fuerza.

LA SEÑORA: (Mientras forcejea.) ¡China! ¡Ya te voy a enseñar quién soy! ¿Qué te has creído? ¡Te voy a meter presa!

Un grupo de bañistas han acudido al ver la riña. Dos JOVENES una MUCHACHA y un SEÑOR de edad madura y de apariencia muy distinguida. Antes que puedan intervenir la EMPLEADA ya ha dominado la situación manteniendo bien sujeta a la SEÑORA CONTRA LA ARENA. Esta sigue gritando ad libitum expresiones como: "rota cochina"... "ya es el colmo", etc., etc.

UN JOVEN: ¿Qué sucede?

EL OTRO JOVEN: ¿Es un ataque?

LA JOVENCITA: Se volvió loca.

UN JOVEN: Puede que sea efecto de una insolación.

EL OTRO JOVEN: ¿Podemos ayudarla?

LA EMPLEADA: Sí. Por favor. Llévensela. Hay una posta por aquí cerca...

EL OTRO JOVEN: Yo soy estudiante de Medicina. Le pondremos una inyección para que duerma por un buen tiempo.

LA SEÑORA: ¡Inbéciles! ¡Yo soy la patrona! Me llamo Patricia Hurtado, mi marido es Alvaro Jiménez, el político...

LA JOVENCITA: (Riéndose) Cree ser la señora.

UN JOVEN: Está loca.

EL OTRO JOVEN: Un ataque de histeria.

UN JOVEN: Llévémosla.

LA EMPLEADA: Yo no los acompaño... Tengo que cuidar a mi hijito... está ahí, bañándose...

LA SEÑORA: ¡Es una mentirosa! ¡Nos cambiamos de vestido sólo por jugar! ¡Ni siquiera tiene traje de baño! ¡Debajo del blusón está en calzones! ¡Mírenla!

EL OTRO JOVEN: (Haciéndole un gesto al JOVEN.) ¡Vamos! Tú la tomas por los pies y yo por los brazos.

LA JOVENCITA: ¡Qué risa! ¡Dice que está en calzones!

Las dos JOVENES toman a la señora y se la llevan, mientras ésta se resiste y sigue gritando.

LA SEÑORA: ¡Sueltenme! ¡Yo no estoy loca! ¡Es ella! ¡Llamen a Alvarito! ¡El me reconocerá!

Mutis de los dos JOVENES llevando en peso a la SEÑORA. La EMPLEADA se tiende sobre la arena, como si nada hubiera sucedido, aprontándose para un prolongado baño de sol.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: ¿Está Ud. bien, señora? ¿Puedo serle útil en algo?

LA EMPLEADA: (Mira inspectivamente al SEÑOR DISTINGUIDO y sonríe con amabilidad) Gracias. Estoy bien.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: Es el símbolo de nuestro tiempo. Nadie parece darse cuenta, pero a cada rato, en cada momento sucede algo así.

LA EMPLEADA: ¿Qué?

EL CABALLERO DISTINGUIDO: La subversión del orden establecido. Los viejos quieren ser jóvenes; los jóvenes quieren ser viejos; los pobres quieren ser ricos y los ricos quieren ser pobres. Sí, señora. Asómbrase Ud. También hay ricos que quieren ser pobres. Mi nuera va todas las tardes a tejer con mujeres de poblaciones callampas. ¡Y le gusta hacerlo! (Transición.) ¿Hace mucho tiempo que está con Ud?

LA EMPLEADA: ¿Quién?

EL CABALLERO DISTINGUIDO: (Haciendo un gesto hacia la dirección en que se llevaron a la SEÑORA) Su empleada.

LA EMPLEADA: (Dudando. Haciendo memoria). Poco más de un año.

EL CABALLERO DISTINGUIDO: ¡Y así le paga a Ud! ¡Querándose hacer pasar por una señora! ¡Cómo si no se reconociera a primera vista quién es quién. (Transición.) ¿Sabe Ud. por qué suceden estas cosas?

LA EMPLEADA: ¿Por qué?

EL CABALLERO DISTINGUIDO: (Con aire misterioso.) El comunismo...

LA EMPLEADA: ¡Ah!

EL CABALLERO DISTINGUIDO: (Tranquilizador) Pero no nos inquietemos. El orden está restablecido. Al final, siempre el orden se restablece... Es un hecho... Sobre eso no hay discusión... (Transición) Ahora, con permiso señora. Voy a hacer mi footing diario. Es muy conveniente a mi edad. Para la circulación ¿sabe? Y Ud. quede tranquila. El sol es el mejor sedante. (Ceremoniosamente.) A sus órdenes, señora. (Inicia el mutis. Se vuelve.) Y no sea muy dura con su empleada, después que se haya tranquilizado... Después de todo... Tal vez tengamos algo de culpa nosotros mismos... ¿Quién puede decirlo? (EL CABALLERO DISTINGUIDO HACE MUTIS.)

La EMPLEADA CAMBIA DE POSICION. SE TIENDE DE ESPALDAS PARA RECIBIR EL SOL EN LA CARA. DE PRONTO SE ACUERDA DE ALVARITO. MIRA HACIA DONDE EL ESTA.

LA EMPLEADA: ¡Alvarito! ¡Cuidado con sentarse en esa roca! Se puede hacer una nana en el pie. Eso es, corra por la arenita... Eso es, mi hijito.. (Y mientras la EMPLEADA mira con ternura y delectación maternal como Alvarito juega a la orilla del mar se cierra lentamente el Telón.)

FIN

Departamento de Drama
7 de febrero de 1983

br

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP